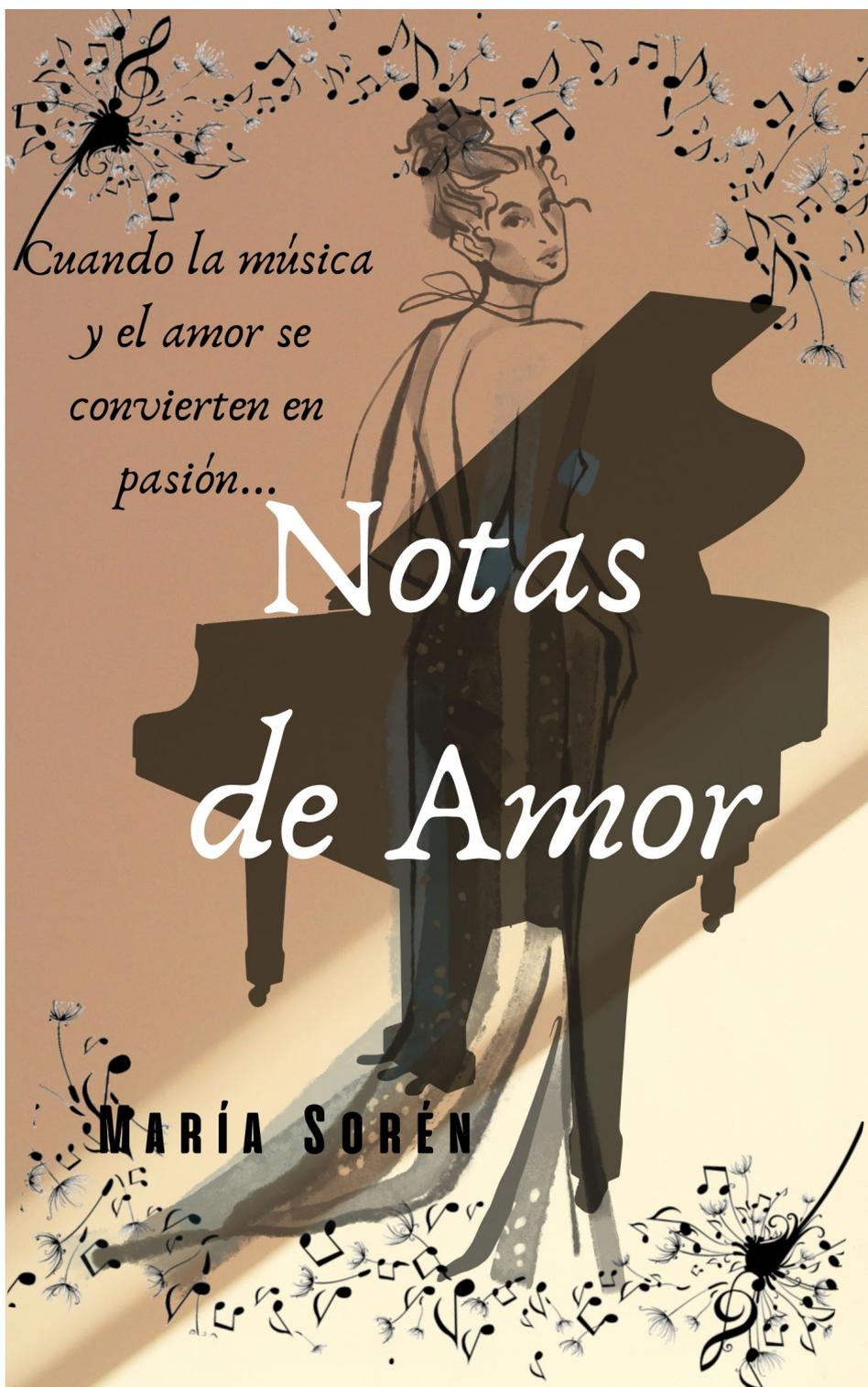


# NOTAS DE AMOR.

María Sorén



# Capítulo 1

## CAPITULO I

Las palmas de los asistentes chocaban entre si resonando fuertemente en toda la Sala Sainte Chapelle. Entusiastas amantes de la música, aplaudían de pie y rabiosamente aparte de dar bravos al pianista que después de inclinarse varias veces agradeció al público su atención y cariño. Después se dirigió al director y a los músicos de la orquesta que lo acompañaban en el concierto haciéndoles un gesto de agradecimiento con las manos. Enseguida, con paso rápido salió del escenario hacia el camerino.

Deseaba alejarse de ahí lo más pronto posible, pero los aplausos seguían escuchándose mientras la orquesta también salía del escenario. En su camino encontró a muchas más personas que se acercaban a él felicitándolo por otro gran concierto, queriendo darle regalos y ramos de flores. Él agradeció con una amable sonrisa pero en el fondo de sí ansiaba acabar con eso. Así que aceleró sus pasos y se detuvo frente a la habitación, su asistente abrió de inmediato la puerta y la cerró tras él. Corrió el pestillo dejando fuera a las personas entusiasmadas que con locura deseaban hablarle, felicitarlo o tan solo tocarlo. El hombre por fin suspiró tranquilo. Dejó sobre la mesita los ramos de flores y los regalos que el público le diera, y le hizo una seña a su asistente para que saliera del camerino, deseaba estar solo. La chica comprendió y con sumo cuidado salió de la habitación, el pianista corrió nuevamente el pestillo. Frotó los dedos de sus manos que en ése momento estaban muy fríos y despacio se acercó al espejo del tocador, casi sin querer fijó sus ojos en la imagen que le devolvía el espejo. Tal parecía querer convencerse de que ésa imagen que presentaba a un hombre de rostro desencajado, triste y aburrido era el mismo que acababa de recibir aplausos y vítores por una interpretación magistral al piano de Bethoveen.

Siguió mirándose unos minutos más y por fin molesto, golpeó el espejo con la palma de su mano.

— ¡Basta! ¡Basta ya! — exclamó —. Debo dejar estos sentimientos de lado, ya no puedo seguir así. Sé que terminó hace tres años, hay que seguir adelante. Pero... ¿ Por qué ésta ansia dentro de mí que quiere obligarme a salir corriendo y dejar todo sin importarme nada? ¿Qué me ocurre?... — Se preguntó sin obtener una respuesta clara desde su interior.

Sin más se alejó del tocador y arrancó la corbata de su cuello casi con furia, el saco del frac así como la camisa el chaleco y el pantalón los arrojó al suelo sin miramientos. Se vistió con un traje informal de color

gris oscuro y un suéter delgado de cuello alto en color rojo. Cambió sus zapatos de charol por unos cómodos zapatos deportivos también en color negro. Cuando estuvo listo tomó su abrigo decidido a salir pero unos leves golpes en la puerta llamaron su atención prefirió no hacer caso y esperar unos momentos a que se fuera la visita inoportuna. Sin embargo los golpes se escucharon de nuevo, pero ésta vez acompañados por una voz de hombre que le habló en español pero con marcado acento americano que él reconoció enseguida.

— ¿Pablo me dejas entrar?

Con fastidio dejó su abrigo sobre una silla, se acercó a la puerta y abrió con cuidado dejando pasar solo a la persona que le había hablado. Rápidamente entró un hombre un poco más alto que él de cara sonrosada y cabello escaso pero bien peinado hacía atrás. Entró y cerró nuevamente con el pasador. Vestía un smoking de color negro, sonriente se acercó a él.

— ¡Pablo, amigo! Pensé que no deseabas abrirme. ¡Esto está de locos hay mucha gente afuera que te espera, que quiere verte!

— ¡No por favor Nath! Hoy no tengo ganas ni paciencia para firmar autógrafos y sonreír ante lo que la gente dice. No me obligues a hacerlo — dijo el hombre con fastidio. Su amigo se sentó en el pequeño sofá frente a él mirándolo atento.

— Soy tu representante pero no puedo obligarte a hacer lo que no quieres — mencionó sonriente —. Además presiento que hoy no están las cosas tan bien como otras veces o ¿me equivoco?

— No, hoy no me siento bien.

— ¿Estás enfermo? — preguntó preocupado.

— No, sólo estoy melancólico, ansioso, o triste... no sé — pronunció en voz baja casi para sí mismo sentándose en la mesita frente a su amigo.

— No estabas así cuando llegamos al teatro, incluso estabas animado. Aunque cuando estabas tocando sentí que algo empezó a cambiar en ti, y creo que el público sintió tu estado de ánimo también.

— Lo sé, y no pude evitarlo. Pero lo que ahora necesito es irme de aquí. De pronto he sentido el deseo de salir corriendo, ansias de huir, de casi...

— se interrumpió por un momento tratando que su mente ordenara sus pensamientos. No quería ser tan obvio con sus emociones ante su amigo.

— ¿Sabes qué fecha es hoy?— preguntó de pronto a su representante. El

americano movió las manos en señal de que sabía la respuesta.

— ¡Claro!, 18 de octubre.

— Sí 18 de octubre de 2012, la fecha del pacto o lo que sea que una vez hicimos.

— ¿Cómo? ¿"Ella" otra vez? ¡Por dios Pablo no vuelvas a lo mismo!, debes olvidarla como lo habías hecho. ¿Cuánto tiempo has estado solo, sin "ella"? — pronunció su amigo molesto.

— Tres años, y he tratado de olvidarla todo éste tiempo pero no he podido. Es cierto que he hecho hasta lo imposible por no buscarla, por no arrastrarme ante ella de nuevo y casi lo había logrado pero...

— ¡Nada de peros, "ella" casi te destruyó! O más bien dicho ambos se destruyeron. ¿Por qué volver a lo mismo?

— Tienes razón Nath, pero aún existe algo de ella en mi alma que se niega a morir. Y ésta noche hay en mi corazón y en mi cuerpo un desasosiego que debo calmar pero no estando aquí. ¡Debo salir, no puedo quedarme! ¡Por favor ayúdame a salir sin que nadie me vea!

— Supongo que olvidaste que tenemos una cena con dirigentes del teatro. Por eso vine a buscarte.

— ¡Discúlpame con ellos y créeme que en verdad necesito hacer esto! — dijo suplicante poniendo una expresión desolada en su rostro. El americano lo miró y solo chasqueó la lengua asintiendo muy a su pesar.

— Está bien, lo haré. ¡Pero espero por tu bien que no intentes buscarla, no más daño amigo, de verdad! — Advirtió, levantándose del sofá y tomándolo de los hombros con afecto, el asunto no le agradaba pero estimaba al hombre mucho. Tenían doce años de amistad, desde que Nathaniel Butler comenzara su labor como agente del pianista y director de orquesta Pablo Farrera.

— Bien, regreso en unos minutos para avisarte si ya puedes salir.

— Gracias, amigo. — El norteamericano salió del camerino y Pablo vistió su abrigo, colocó una bufanda blanca en su cuello y acarició su barbilla, a pesar de todo tenía dudas sobre si lo que pensaba hacer sería lo conveniente. Esperó y tras diez minutos, Nathaniel asomó por la puerta sonriente.

— Todo listo amigo, el camino despejado. Pero sal por la puerta de atrás

ya le avisé al encargado.

— Gracias Nath, realmente te lo agradezco — dijo sonriendo levemente a su amigo.

— Bien, ¡Solo no locuras Pablo!

— Sin locuras, prometido. — Abrazó con afecto a Nathaniel y se alejó por el pasillo hasta la salida trasera del teatro, se despidió del encargado y salió a la calle. Ahí el viento frío topó con su rostro, aspiró el aire tratando de calmar su ansiedad y se puso en camino. Sus pasos inseguros, se encaminaron sobre las calles iluminadas de la ciudad de París.

## Capítulo 2

### CAPITULO II

Pablo Farrera, un hombre de 44 años, de aspecto juvenil y delgado, con cabello castaño, lacio. Ojos pequeños de color negro, profundo que se destacaban bajo las cejas delgadas más una tez morena clara. Su andar era ligero, contaba con una estatura de 1.88 metros.

Caminaba despacio como si en realidad no quisiera llegar a su destino, pero a la vez seguía ansioso por llegar al lugar que solo su corazón sabía. Abotonó todo su abrigo y enredó más la bufanda en su cuello para cubrirse del frío de octubre que comenzaba a soplar en la ciudad francesa, el otoño estaba en pleno. Mientras caminaba observaba a la gente que iba por las calles, algunos con prisa, otros sin ella. Otros caminaban en pareja o en familia, padres, hijos. Esto le hizo recordar a Pablo su infancia, ésa niñez que por alguna razón solo se permitía recordar muy pocas veces. Pero sin quererlo todo eso vino a su mente, el departamento que compartía con su madre en la calle de Magdalena en una de las mejores colonias de la ciudad de México. La relación distante con su padre, quien ya tenía una nueva familia. Sus primeras clases de piano a cargo de su abuela materna, una mujer amante de la música que vio en él el talento que ahora mostraba al mundo.

A los cinco años Pablo comenzó a aprender el instrumento, su abuela Ada lo inició y se convirtió en su refugio cuando sus padres peleaban provocando que el matrimonio se fuera a pique. El niño se quedó solo con su madre, la abuela Ada murió cuando él cumplió ocho años, pero siguió sus clases de música con ahínco.

— “Si, mi abuelita Ada ¡Cómo la extraño aún!” “Pero ella me dio una ilusión y un deseo por la vida. Mi madre, Cristina solo me hizo la vida difícil, simplemente no quiso ser madre.” — Sin querer su pensamiento regresó a 1985 cuando tenía 12 años. Vestía el uniforme del colegio privado al que asistía, permanecía sentado en una banca de la parada del autobús con la mochila a sus pies, eran las seis de la tarde y llevaba cinco horas ahí sentado desde que saliera de sus clases. La escuela ya estaba cerrada y él esperaba a que su madre apareciera para recogerlo después de la escuela.

Tenía frío, hambre y estaba enojado pues había perdido sus lecciones en el conservatorio nacional, estudiaba la carrera de piano para convertirse un día en un gran concertista. Pero eso no llegaría a pasar si

continuaba perdiendo clases gracias a su madre.

Minutos después Cristina apareció con el auto se estacionó con algunos trabajos junto a la banqueta para que su hijo subiera al auto

— ¡Pablo, sube de prisa al auto! Tengo que regresar a casa de mi amiga Lorena estamos en medio de un excelente juego de póker — dijo la mujer apurando al chico. Este con una mueca de fastidio recogió su mochila y subió al auto de su madre.

— Ya no pude ir a mis clases del conservatorio — mencionó disgustado.

— ¡Pues lo siento hijito pero mis diversiones también son importantes no solo las tuyas! Soy una mujer que vive sola y necesita compañía de sus amigas y de otra gente aparte de ti — respondió Cristina con enojo, estaba además algo pasada de copas y no estaba muy dispuesta a escuchar reproches de parte de su único hijo.

— ¡Pero mis clases también lo son! Voy a dedicarme a la música cuando sea mayor.

— ¡Es la tontería más grande que he escuchado! Para lo único que la música te servirá es para morirte de hambre o ser un mediocre maestro como los que te enseñan en el conservatorio. Pero mi madre tuvo la culpa, por haberte enseñado a tocar ése ridículo instrumento. A ella no le sirvió de nada solo era una señora de sociedad que entretenía a sus invitados con sus tontas piezas musicales en el piano.

— ¡La abuela Ada era mejor que tú! — murmuró con resentimiento Pablo mientras miraba pasar los autos por la ventanilla. Su madre furiosa enfrenó con brusquedad el auto haciéndolo detenerse de la guantera a pesar de llevar puesto el cinturón de seguridad.

— ¿Qué fue lo que dijiste? — preguntó mirándolo fijamente.

— Nada.

— ¿Cómo nada? ¡Ten el valor de repetirme lo que dijiste!

— ¡Está bien, dije que mi abuela era mejor que tú! ¡Al menos ella se preocupaba por otras cosas y por alguien más y no solo por sí misma como lo haces! Emborrachándote y jugando todo el día con las idiotas de tus amigas. — Terminó de decir el niño enojado. Cristina se sulfuró al instante y sin pensarlo propinó a su hijo una sonora bofetada en la mejilla izquierda. Tan fuerte fue que la mano de su madre se quedó por unos

instantes pintada en ella.

— ¡Nunca vuelvas a hablarme así, o haré que te arrepientas! — Y sin más arrancó el auto en medio de los pitazos de los otros automovilistas que la apresuraban. El niño se quedó callado todo el camino, ni siquiera derramó alguna lágrima. Estaba acostumbrado a los golpes y más al maltrato de parte de su madre, así que solo se dedicó a mirar por la ventanilla del auto, pero en su alma crecía un fuerte rencor hacía Cristina.

Llegaron al departamento y su madre lo dejó ahí solo y regresó a casa de su amiga Lorena para continuar su diversión. Pablo arrojó a un rincón de la habitación la mochila y fue a la cocina a prepararse algo de comer. Abrió el refrigerador y sacó unos huevos, puso un sartén en la estufa y preparó sus alimentos. Después se sentó con su plato en la sala frente al televisor, le gustaba mucho y el aparato había sido básicamente su niñera desde que su abuela Ada muriera. Su madre se desentendía y simplemente lo sentaba frente al televisor para que se entretuviera y no la molestara. Así que el vicio televisivo ya era muy fuerte en él.

Pero a pesar de ello la música era un fuerte contrincante a su vicio televisivo. Empezaba a ser un prodigio del piano pero sus padres no contribuían a que fuera fácil su formación y sus maestros y gente relacionada con la cultura que deseaban darlo a conocer se topaban con la pared que eran Cristina y Román. Así que decidieron esperar a que tuviera edad suficiente para tomar sus propias decisiones. Tenía doce años, dentro de seis sería mayor de edad y haría las cosas a su modo. Confiaban en que no descuidaría sus estudios y se convertiría en un reconocido intérprete del instrumento. Pero para eso había un trecho muy largo aún en su vida, un trecho muy difícil que amargaría su infancia y adolescencia.

Pablo sacudió la cabeza tratando de evitar los viejos recuerdos mientras seguía caminando por las calles parisinas. Hubiera sido tan fácil tomar un taxi y llegar a su destino, pero sabía que necesitaba ésa caminata, ése tiempo invertido para poder pensar. Con las manos en los bolsillos siguió avanzando despacio, paso a paso. Los transeúntes seguían cruzando a su lado, algunos hablando, otros riendo o solo pensando como él.

De pronto frente a él atravesó la calle un hombre de edad madura casi de su edad, y un muchacho adolescente, seguramente su hijo. Los dos caminaban uno al lado del otro dándole la espalda a Pablo, pero aunque no veía sus rostros podía adivinar que eran padre e hijo y que ambos se amaban. La forma en que se acompañaban juntos, sin hablar pero igualmente compenetrados lo hizo recordar con nostalgia a su padre. Cristina había muerto cinco años atrás, solo su padre vivía y era testigo de

su éxito, más no participe de él ¿Por qué?

Román Farrera, un joven asesor administrativo con brillante carrera, se había divorciado de su esposa Cristina a los 24 años tras ocho de casados. Ambos eran muy jóvenes cuando los convencionalismos sociales los obligaron a contraer matrimonio teniendo solo quince años para evitar un niño sin padre. Así fue como Pablo vino al mundo, de algo parecido a una broma y a una noche de experimentación amorosa entre dos adolescentes. El chico amaba a su padre, pero a veces podía sentir una cierta antipatía de Román hacia él, derivado de ocho años de mal matrimonio. Pero esto él no lo sabría hasta años después. Solamente solía preguntarse qué ocurría entre su padre y él para que existiera ese desapego entre ambos.

Román tenía una nueva familia, la había formado cuando aún estaba casado con Cristina. Tenía tres hijos uno tan solo un año menor que Pablo, su nueva esposa era diferente en ciertos aspectos a Cristina. No bebía, no jugaba, y era muy cariñosa con él y con sus hijos, a veces excesivamente. Solía ser celosa pero sabía disimularlo para no tener problemas con su esposo, pero hacía todo lo posible por alejar a quien consideraba una amenaza para su relación y eso incluía al primer hijo.

Pero un incidente haría que Pablo para ése momento de quince años tuviera que ir a vivir con ellos.

La vida seguía monótona en el departamento que compartían Pablo y su madre. El chico seguía asistiendo al colegio privado y al conservatorio de la ciudad de México. Pero tomaba aparte clases de armonía y composición con destacados maestros. Aunque su sueño de estudiar en el extranjero estaba pronto a cumplirse, una extensa beca le esperaba para estudiar en el Reid School of music en Edimburgo. Su nombre comenzaba a ser reconocido gracias a que a los quince años ya no permitía que Cristina tomara muchas decisiones sobre su educación musical y además solía hacerlo a escondidas de su madre. Quién seguía inmersa en sus diversiones, aunque ahora sumaba a ellas a un hombre un poco más joven que ella que la acompañaba siempre. Su nuevo amante lo incomodaba pero no podía hacer nada por impedirsele a su madre. Además consideraba que si estaba ocupada con Daniel menos podría intervenir en su vida.

Esa noche Pablo tenía un pequeño concierto con otros estudiantes en el conservatorio nacional. Interpretarían algo de Vivaldi y Bach a cuatro pianos. La sala ya estaba toda ocupada entre invitados, familiares de los músicos y gente común amante del instrumento.

Lo que no tenía previsto es que en las primeras filas estaban Cristina y su amante. Los miró por un momento sorprendido, su madre nunca se había dignado a ir a algún concierto suyo, sabía que Daniel era aficionado

a la música y siempre estaba interrogándolo sobre sus clases el instrumento. Del cuidado que tenía hacía sus manos “lindas”, como le había dicho alguna vez.

Pablo trataba de ignorar su animadversión hacia el hombre y sus continuos interrogatorios. Su pertinaz presencia junto a él para poder observar bien ése ir y venir de las manos sobre el teclado.

Al salir al escenario los aplausos no se hicieron esperar, Daniel lo saludo con la mano desde la butaca y su madre lo hizo con un bostezo de aburrimiento.

El chico tomó asiento en el primer piano, y sus tres compañeros hicieron lo mismo. Los aplausos se apagaron y tras unos instantes de silencio su compañero de al lado comenzó a tocar y después él siguió y los otros dos continuaron el movimiento. Y la pieza de Vivaldi comenzó con una vibra espectacular. Los minutos transcurrieron envolviéndolo en la caricia de un sueño magnífico que la música lo hacía sentir. Podía elevarse y sentir todo lo bueno de su alma y del mundo.

La música y el piano eran su mundo, bien lo sabía y perseguiría su sueño sin permitir que nadie se interpusiera entre él.

La interpretación terminó en medio de calurosos aplausos y personas de pie braveando a los músicos. Estos agradecieron y salieron del escenario, Cristina y Daniel también salieron de la sala para esperar a Pablo en el estacionamiento del conservatorio.

Treinta minutos después Pablo se acercó al auto y Daniel lo felicitó entusiasmado.

— ¡Pablo has estado magnífico! En verdad que fue una interpretación genial.

— Daniel y yo vamos a una reunión, cena lo que quieras y acuéstate. Llegaré tarde.

— Gracias, pero no fue para tanto — respondió con desgano el chico, le molestaba tanto ése hombre.

— ¿No fue para tanto? ¿Lo oyes Cristina? ¡Qué modesto hijo tienes en verdad! — exclamó dándole una palmada en el brazo al muchacho. Este solo se encogió de hombros y preguntó si ya podían marcharse, estaba cansado. Daniel sonrió y le indicó con un gesto que subiera, Cristina lo hizo adelante con Daniel y Pablo a la parte trasera del auto. Este arrancó saliendo del conservatorio y dirigiéndose a la colonia Del Valle. Al llegar

solo Pablo bajó del auto.

Al llegar solo Pablo bajó del auto y entró al edificio mientras el auto se marchaba. Subió a su departamento, encendió las luces y cerró la puerta con llave. Fue a la cocina y buscó en el refrigerador algo de comida pero nada le atrajo, cerró el refrigerador y buscó en la alacena. Lo único que encontró fue una bolsa de papas fritas abierta. La tomó y se fue a la sala, encendió el televisor y perezosamente se recostó en el sofá frente al aparato. Cogió el control y entre bocado y bocado de papas cambió los canales sin encontrar nada que le agradara. Las horas pasaron y el sueño fue venciénolo, dejó caer la bolsa de papas a un lado del sofá y se arrulló con el sonido del televisor. Habían pasado muchas horas cuando de momento sintió un aliento sobre su cara, con esfuerzo abrió los ojos y se sobresaltó de ver el rostro de Daniel tan cerca del suyo.

— ¡Daniel...! ¿Qué haces aquí? ¿Ya regresaron? — preguntó tratando de sentarse en el sofá.

Daniel sonrió sin contestarle y se sentó junto a él, muy cerca. Pablo comenzó a sentirse incómodo, algo no estaba bien. Nervioso, llamó a su madre pero sin dejar de ver al hombre.

— ¡Mamá...mamá! ¿Estás en la cocina?

— Tu madre no está Pablo. Solo estamos tú y yo solos, y he venido porque hay un asunto que ambos debemos tratar.

— No te entiendo — dijo nervioso.

— Me entiendes muy bien Pablo, eres un chico inteligente. También eres muy guapo y vas a darme lo que yo quiero. — Y sin más se lanzó sobre el muchacho intentando inmovilizarlo, pero Pablo logró zafarse de las manos del hombre, saltó del sofá y corrió hacia la oficina que era de su padre y que aún contenía algunas cosas suyas. No tenía puerta por lo que no pudo aislarse del sujeto, quien enardecido por el deseo lo siguió hasta ahí. Pablo sumamente asustado se colocó detrás del escritorio, trataba de no perder de vista a Daniel pero buscaba una salida.

— ¡Déjame por favor! Yo no te he hecho nada — suplicó el muchacho.

— ¡No vas a poder escaparte de mí, vine dispuesto a obtenerlo y no me iré sin tenerte! — exclamó Daniel, quien furioso tiró todo lo que había sobre el escritorio y trató de atrapar al muchacho, éste se hizo hacia atrás pero la pared le impidió retroceder más.

Algo que el hombre aprovecho, jaloneando su chaqueta logró asirlo con fuerza de los brazos. De un jalón lo tiró de espaldas sobre el escritorio. Con violencia el puño de Daniel se estrelló varias veces en el

rostro de Pablo haciendo que de su boca y nariz escurriera la sangre. Después lo sujetó del cuello asfixiándolo, el chico manoteaba tratando de quitarse al hombre de encima, pero era más fuerte y grande. Pablo pesaba cerca de 48 kilos y no era muy alto, por lo tanto no era un contrincante para un hombre hecho y derecho como el novio de su madre. Por unos momentos sintió que el aire no llegaba a sus pulmones que su cuerpo se relajaba, todo se nubló a sus ojos. No perdió la conciencia, pero sintió como las manos de Daniel se aflojaban en su cuello y ahora estaban sobre su cintura, tratando ansiosamente de desabotonar su pantalón. Enseguida en su cerebro sonó su voz tratando de ponerlo alerta.

— ¡Vamos Pablo, haz algo!... no permitas que éste hombre abuse de ti. ¡Levántate! — pero a pesar de que su cabeza trataba de hacerlo reaccionar su cuerpo se negaba a responderle. Aun así creyó escuchar algunos ruidos lejanos y el grito de una mujer resonó en la oficina.

— ¡Daniel! — gritó Cristina acercándose al hombre quién de inmediato se apartó de Pablo, mirando entre furioso y sorprendido a la mujer.

— ¿Cómo te atreves a tocar a mi hijo? — preguntó asqueada.

— ¿Qué te sorprende? ¿Acaso no te habías dado cuenta que tu hijo me gusta? ¡Tú eres ya una vieja, y él es muy guapo y tiene la piel joven y tersa! Es por él que me acerqué a ti, no por tu linda cara. — Vociferó el hombre desafiante y cínico, mientras se arreglaba el pantalón y la camisa.

— ¡Eres un estúpido!... — pronunció dolida en lo más profundo de su amor propio, se aclaró la garganta y dijo — .Será mejor que te largues de aquí o de lo contrario te enviaré a la cárcel por lo que intentaste hacer con mi hijo.

Daniel la miró atentamente y se dio cuenta que había ofendido demasiado a la mujer y no por el intento de violación a Pablo sino porque había herido su sensibilidad como mujer, y que eso la haría cumplir lo que decía. Haciendo un gesto de desprecio metió la mano en el bolsillo de su pantalón y arrojó las llaves del departamento a los pies de Cristina y sin decir nada se marchó azotando la puerta. Pablo se incorporó con sumo trabajo en el escritorio y miró suplicante a su madre, necesitaba consuelo, estaba muy asustado aún por lo que estuvo a punto de experimentar pero su madre lo miró fríamente, casi con enojo, como si lo culpara de haber perdido al hombre que amaba.

— ¡Mamá...! — pronunció a media voz, esperando una palabra de cariño que por supuesto no salió de la boca de Cristina.

— Guarda silencio, y abróchate el pantalón. Tu padre no tarda en subir vino por unas cosas pero no quiso esperar a mañana. No quiero que sepa

nada de lo de Daniel ¿entendido? — pronunció con voz sorda.

— Pero mamá... — dijo el chico sin poder creer lo que decía su madre. Había estado a punto de ser abusado y a ella no le importaba en lo absoluto. Mecánicamente y con manos temblorosas abrochó el botón y subió el zipper de sus jeans, pero no se movió del escritorio. Su cuerpo delgado temblaba y por primera vez sentía que sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¡Cuánto deseaba un poco de consuelo!

Su padre llegó al departamento dejando su maleta en el suelo, sonriente entró al pequeño despacho sorprendiéndose de ver a su ex esposa de pie con una expresión de enojo y desilusión en el rostro y con los brazos sueltos a cada lado de su cuerpo pero con los puños apretados. Después observó a su hijo, pálido, tembloroso, con un fuerte hematoma en su pómulo derecho, manchas de sangre en la boca y barbilla, sentado sobre el escritorio abrazándose a sí mismo. Luego pasó la mirada por todos los objetos tirados y se dio cuenta que algo había ocurrido. Molesto increpó a su ex mujer por lo que consideró una pelea a gran escala.

— Esto es obra tuya ¿verdad Cristina? ¿Por qué golpeaste a Pablo?

La mujer levantó la vista hasta Román sin entender a que se refería, pero después se dio cuenta que el hombre daba por hecho que ella lo había golpeado, por un momento pensó en negarlo pero recapacitó y decidió que debía aprovechar la situación.

— ¡Por la sencilla razón de que ya no lo soporto, se comporta de muy mala manera! ¡Me hace la vida imposible y ésta noche no ha sido la excepción! Y ya que estás aquí llévatelo, no quiero tenerlo más aquí, tú eres su padre, ya es tiempo que te hagas cargo de él. — gritó la mujer con rabia.

Román sorprendido miró a su hijo y después a Cristina, ésta situación lo tomaba de sorpresa, nunca en sus planes había estado el llevar a vivir con él a su hijo mayor. Además tenía otros tres hijos, y una nueva esposa ¿qué diría ella?

— No digas tonterías Cristina, sabes bien que no puedo llevármelo — dijo intentando zafarse de la situación.

— ¡Pues hazlo o lo echo a la calle, tú ya me conoces, así que escoge! — mencionó la mujer y sin más salió de la habitación dirigiéndose a la cocina. El hombre alterado miró a su hijo y siguió a su mujer discutiendo.

— ¿Estás loca? ¡Es tu hijo también no puedes echarlo a la calle y sabes que no puedo llevarlo a mi casa...! — Román y Cristina se fueron a la cocina a seguir discutiendo. Pablo se quedó solo en el despacho, escuchaba las voces pero no entendía lo que decían. Su mente trataba de

comprender que era lo que había pasado ahí y porque discutían sus padres, como cuando era un niño pequeño. Estaba en shock y nadie lo comprendía.

En ése momento se sentía más solo y desamparado que nunca, cuánto deseaba que su padre regresara y lo abrazara y le dijera que todo estaba bien, que nadie le pondría una mano encima nunca. Que él estaba ahí para protegerlo, para hacerlo sentir seguro. Pero tras veinte minutos de discusión su padre regresó enfadado y solo le ordenó.

— ¡Arregla tus maletas, que te vas conmigo a Estados Unidos!  
¡Vamos, muévete! — gritó sin consideración.

El muchacho sin decir nada caminó despacio a su habitación, sacó las maletas del closet y procedió a llenarlas con su ropa y algunos libros. Como un autómata las arrastró hasta la sala, Román las bajó y guardó en el auto. Y así sin siquiera una palabra de despedida Pablo salió de la vida de su madre para siempre. Ahora debía enfrentar un camino desconocido junto a su padre, alguien a quien amaba pero que le era desconocido por completo.

## Capítulo 3

### CAPITULO III.

Tras unos días en un hotel Román arregló los documentos de su hijo y partieron hacia los Estados Unidos de América. Durante todo ese tiempo su padre solo le dirigió las palabras más indispensables. Había discutido con su esposa por teléfono y esa situación lo había enfurecido.

Durante el viaje en avión la situación no cambió, Román se dedicó a leer y dormir, Pablo fingía hacer lo mismo pero su mente seguía perturbada, repitiendo por las noches el ataque de Daniel. Pero no podía decirle nada a su padre, lo había prometido a Cristina. Además se daba cuenta que no serviría de nada, a su padre no le interesaría en lo absoluto, así que prefirió seguir callando y mordiéndose la almohada para evitar gritar entre sueños.

Tras el viaje, ambos llegaron a Connecticut y a Hartford donde vivía Román Farrera. El auto se detuvo frente a una linda casa de dos pisos y un ático, en color blanco con ventanales y un vitral en medio, que le daba un aspecto muy señorial, a pesar de no ser una casa enorme. Contaba con una veredita llena de flores al frente de la entrada principal y al lado un gran árbol de hojas naranja y amarillo.

Su padre bajó del auto con las maletas y su hijo lo siguió caminando silencioso, con la mirada baja y las manos en los bolsillos de los jeans. La sirvienta abrió la puerta dándole la bienvenida a Román y saludando a Pablo. Después tomó las maletas y subió la enorme escalera que se destacaba en medio de la habitación y que llevaba a las habitaciones superiores. El muchacho volteó la cabeza de un lado a otro admirando la magnificencia de la casa. ¡Qué diferente de su pequeño departamento en la colonia Del Valle! Su padre le hizo señas para que lo siguiera a la biblioteca que a la vez era su oficina. Este fue detrás del hombre caminando despacio, casi sin hacer ruido, temiendo importunar con sus pasos la atmosfera tranquila que se respiraba en la casa. Ambos entraron a la biblioteca, Pablo tomó asiento frente a su padre quien ya tranquilo de sentirse en casa se mostró más afable de lo que había estado desde antes de salir de México.

— Bueno Pablo, de ahora en adelante vas a vivir aquí conmigo, con mi esposa Paula y mis tres hijos, tus medios hermanos. Supongo que hablas algo de inglés ¿no?

— Sí, aprendí en el colegio — respondió serio.

— Muy bien, porque irás al colegio y si no sabes el idioma lo pasaras muy mal y te atrasaras en los estudios. Mi esposa fue a hacer algunas cosas y los muchachos están en el colegio, llegarán aquí para cenar. Te los presentaré en la cena, y por favor no menciones la razón por la que estás aquí, diremos que es porque Cristina está muy enferma y no hay nadie más que se ocupe de ti. ¿De acuerdo?

— Como tú digas papá — respondió en voz baja, y sin mirar a su padre. Solo se entretenía en torcer sus dedos nerviosamente, aunque se preguntaba cómo iba a ocultar el hematoma que aún se veía en su mejilla. Román lo observó detenidamente por un momento, después suspirando resignado, tocó una campanilla y tras unos momentos apareció la sirvienta que les había abierto la puerta.

— Agatha, lleve a mi hijo Pablo hasta su habitación. Te llamaré cuando sea hora de cenar — dijo y tomó sus documentos para revisarlos olvidándose de su hijo. El muchacho sin decir más siguió en silencio a la sirvienta hasta una de las habitaciones de arriba, la mujer le abrió la puerta cediéndole el paso con una leve sonrisa en la boca y cerró la puerta tras él.

Pablo se quedó de pie observando la habitación, era grande, con el techo alto, una cama más ancha que la suya de México y una mullida alfombra que no dejaba escuchar sus pasos. Un baño, pero lo que más le llamó la atención era el balcón, se acercó a él abriendo las puertas y pudo apreciar la hermosa vista de la calle, la casa que estaba junto y el enorme árbol que extendía sus ramas hasta el balcón. El lugar era bonito y tranquilo pero se preguntaba ¿qué pasaría con sus clases de piano y sus sueños de música? ¿Su padre entendería sus anhelos? No lo sabía, Román era un extraño para él, sentía que lo amaba pero lo veía tan de vez en cuando que simplemente no lo conocía por completo. Desconocía sus gustos, sus deseos, ni siquiera sabía bien de que se trataba su trabajo. Tampoco conocía a sus medios hermanos ni a Paula.

Decidió no pensar más en ello, después de todo tendría la oportunidad de conocer a todos, y quizá la posibilidad de pertenecer ahora sí, a una familia. Tal vez su soledad estaba a punto de terminar. Con éste pensamiento se recostó en la cama y el cansancio del viaje lo rindió, se quedó dormido, soñando en un nuevo comienzo.

“Un nuevo comienzo”, si claro. ¡Qué pensamiento tan tonto tuve ése día! Pero la realidad me golpeó muy rápido y demasiado fuerte”. —  
Pensaba el pianista mientras seguía caminando por las calles de la capital

francesa rumbo al lugar que le dictaba su corazón.

Las risas de unos muchachos que pasaron a su lado, hicieron que su mente volviera a sus recuerdos. Regresó a esa habitación donde permanecía recostado, pero las voces de adolescentes en el pasillo lo despertaron bruscamente.

Las voces y los pasos fuertes siguieron de largo por su puerta, se frotó los ojos y se incorporó en la cama. La habitación estaba a oscuras, era tarde ya, al parecer había dormido demasiado. Escuchó nuevamente los ruidos y luego los pasos de prisa de dos muchachos y los pequeños al parecer de un niño, bajando la escalera.

Minutos después la sirvienta llamó a su puerta.

— Le llama el señor Farrera, pide que baje al comedor a cenar.

— Voy enseguida — contestó en inglés Pablo. La sirvienta se fue y él se dirigió al baño, se lavó la cara para despertar por completo. Cepilló su cabello negro y revisó su mejilla, se notaba bastante el hematoma de los golpes de Daniel, pero no podía hacer nada por que pasara desapercibido. Se revisó una vez más frente al espejo y satisfecho de su aspecto bajó al comedor.

Al entrar, de inmediato cinco pares de ojos se posaron en él, mirándolo con curiosidad, recelo y solo un par de ellos con simpatía. Román se aclaró la garganta y le señaló a su hijo un lugar en el lado derecho de la mesa junto a una pequeña niña. Un poco cohibido, el chico caminó hasta el lugar y tomó asiento en la silla, sus mejillas se ruborizaron por las insistentes miradas de los dos muchachos y de Paula que seguía con el entrecejo fruncido.

Su esposo después de unos minutos decidió hacer la presentación de su hijo mayor con su nueva familia.

— Bien, debo presentarles a Pablo, él es su hermano mayor. Va a vivir con nosotros un buen tiempo, porque mi ex esposa no puede cuidar de él por una enfermedad — dijo, pero Paula chasqueó la lengua en señal de que no le creía nada. Eso provocó la risa de los chicos sentados frente a Pablo.

— Shhh — pronunció su padre y continuó con las presentaciones. — Ella es Paula, mi esposa. Los dos chicos son Evan y Aarón, y la pequeña es Becka.

Los dos muchachos no hicieron ningún gesto, solo lo miraron con desconfianza y desprecio. El mismo gesto que su madre mantenía, Pablo se dio cuenta que no era bienvenido a esa casa, sintió enseguida que no le

harían la vida fácil y sin poderlo evitar una gran angustia se apoderó de su corazón. Había pensado que quizá ahora no se sentiría solo, estaría rodeado de chicos casi de su edad y que contaría con Paula tal vez como una amiga o una tía lejana. Pero éstos solo eran sueños, había llegado como un extraño que estaba por alterar sus vidas y eso nadie estaba dispuesto a perdonarle.

Sonrió tímidamente y bajó la mirada hacia el plato vacío, pero una pequeña y cálida mano tocó la suya en señal de simpatía. Pablo se volvió sorprendido hacia su lado izquierdo y encontró la amplia sonrisa de una niña de seis años que lo miraba con interés y agrado. Turbado le devolvió la sonrisa y después miró a su padre que por fin había terminado de hablar, acomodó la servilleta en su regazo y la sirvienta procedió a servir los alimentos.

La cena transcurrió en silencio, pero todas las miradas estaban concentradas en Pablo. Se preguntaban ¿qué clase de persona sería? ¿Daría problemas? ¿Por qué había llegado a su hogar?

El muchacho también concentraba sus pensamientos en los miembros de ésta familia, a la que no conocía. Sabía de su existencia pues Cristina se había encargado de despotricar en contra de su padre por tenerlos. Pero ahora que estaba frente a ellos, a pesar de sí mismo empezaba a entender a su madre y su desprecio. Paula era de la misma edad de su madre y su padre, seguramente también se conocieron de adolescentes. Y la relación con ella debió ser cuando ya estaba casado con Cristina, pues Evan tenía 14 años y Aarón 13. Era algo que no entendía de su padre, Román siempre odio su matrimonio obligado para callar murmuraciones por el embarazo de Cristina y su posterior nacimiento. ¿Y tenía al mismo tiempo a otra chica en las mismas circunstancias?

Sin embargo Paula continuó la relación durante todos éstos años, atreviéndose a tener dos hijos sin casarse hasta que logró que Román se divorciara de su madre y formara la familia feliz que le mostraba en ésta mesa. La chiquilla, Becka nació ya en Estados Unidos, cuando Román y Paula habían unido sus vidas en matrimonio y su padre conseguido el magnífico empleo que ostentaba en una empresa americana. La mujer era bonita pero con un gesto hosco y unos ojos fríos y penetrantes que había heredado a sus dos hijos varones. Su cabello color castaño oscuro caía hasta sus hombros perfectamente bien peinado, su maquillaje y ropa también eran impecables, se consideraba a sí misma un ejemplo de lo que debía ser la perfecta ama de casa y esposa de un ejecutivo importante.

Sus hijos no eran muy diferentes a ella tanto físicamente como emocional. Tenían el mismo color de cabello, los ojos de color negro como ella y el gesto adusto de la mujer, que en los varones se convertía en un gesto

duro y desagradable.

Becka en cambio heredó los ojos pequeños y alegres de su padre, y su gesto de eterno niño sorprendido. El cabello era igual al de su madre pero la niña no se parecía en nada a ella ni a sus hermanos. Su rostro pequeño y redondo lleno de pecas se iluminaba todo el tiempo con una enorme sonrisa que dejaba ver los huecos de su dentadura que estaba mudando de dientes.

Cuando la cena terminó cada quién se marchó a hacer lo que quiso. Paula se fue al saloncito a ver la televisión, los chicos se fueron a la calle con sus amigos. Becka a dormir, Román entró a la biblioteca a trabajar y Pablo se quedó solo, sentado en la mesa sin saber qué hacer. La sirvienta recogió la mesa sin dirigirle la palabra, hasta a ella le era desagradable. Nuevamente cohibido, el chico se levantó y decidió que lo mejor era estar con su padre mientras se atrevía a hacer algo más en ésa casa que no le pertenecía.

Caminó despacio y entró al despacho, tomó asiento en el sofá de cuero en color negro que estaba situado frente al escritorio y ahí se quedó sin hacer ni decir nada. A pesar de eso de vez en cuando su padre le daba una mirada y se removía en la silla nerviosamente.

Por fin después de un rato Román volvió a aclararse la garganta, como hacía cuando estaba intranquilo.

— Pablo, ¿por qué no vas a hacer alguna otra cosa por ahí?

— ¿Otra cosa? ¿Qué? — preguntó el muchachillo sin comprender qué quería su padre.

— ¡Pues no sé, lo que quieras! Necesito te vayas de aquí porque me pones nervioso y no puedo trabajar! — exclamó por fin alterado, sacudiendo sus documentos que tenía sobre el escritorio. Pablo se sintió dolido pero prefirió no decir nada.

En silencio, como había entrado salió y decidió subir a su recámara, tal vez ahí no incomodaría a nadie. Subió las escaleras y entró a la habitación, cerró la puerta por dentro, y así en la obscuridad se dirigió al balcón, abrió las puertas de éste y se sentó en el suelo abrazándose a los barrotes del balcón y sin más dejó escapar el llanto que había retenido desde el ataque de Daniel.

Pablo no estaba acostumbrado a llorar, solía aguantar sus emociones pero ésa noche no pudo más, se dio cuenta que seguía estando solo, pero ahora mucho más porque estaba rodeado de gente que lo despreciaba. Solo tenía a su padre, pero éste no le demostraba el suficiente amor, se preguntaba si su padre de verdad lo quería. ¿Su padre realmente lo

amaba?

El Pablo adulto, continuó sus pasos por las calles de París hasta un café, en donde entró y pidió una bebida caliente. Hacía mucho frío en la calle, eran los avisos de que el invierno pronto estaría en la capital francesa. Dentro del café las personas charlaban animadamente, o miraban el televisor mientras disfrutaban de sus alimentos. Pablo tomó asiento en una mesita alejada del centro del café, en ése pequeño rincón podría beber su té y pensar en todos los recuerdos que en ésa noche en especial se agolpaban en su corazón y en su mente.

A pesar de su angustia se daba cuenta que disfrutaba de rememorar sus años de niño, de adolescente, de hombre joven. Esas evocaciones que no se había permitido pensar nuevamente, estaban ahí pidiendo las dejara salir. Quizá para que su alma volviera a la tranquilidad, pero sentía miedo de seguir, su vida adolescente había sido muy dura y un suceso en especial lo acobardaba y atormentaba sin piedad. No había sido su culpa, pero ¿podía no haber hecho lo que hizo?

## Capítulo 4

### CAPITULO IV

Pablo continuaba sentado en la mesita apartada dentro del café, había pedido dos tazas más de té y observaba con melancolía a las personas que entraban y salían del lugar. También a las que como él permanecían sentadas disfrutando de sus alimentos. Se preguntaba si serían felices, si tendrían todo lo que habían amado en la vida. Tal vez sus vidas no habían sido tan difíciles como la suya, podrían haber tenido una infancia feliz, lo mismo que la juventud. Su juventud...todavía se recordaba de adolescente en la casa de su padre en Hartsford.

El tiempo pasó demasiado despacio, por fin entró al colegio, tenía un solo amigo, llamado Albert y el colegio no era lo que esperaba. Y no solo era eso, extrañaba demasiado la música, desde que llegara a Estados Unidos, no había podido practicar. En casa no había piano y no se sentía con la suficiente confianza para pedirle a su padre que le comprara uno. No se explicaba porque, pero sentía a su padre tan lejano como cuando aparecía de vez en cuando en México. A pesar de estar juntos en la misma casa era como si no lo estuvieran, faltaba algo en sus vidas. Pablo sentía cierto rechazo de su parte pero no sabía el motivo de Román para ello. Con Evan y Aarón era alegre, divertido, incluso con la pequeña Becka pero con él no se comportaba así. Les era tan difícil comunicarse, hablaban solo lo indispensable y aunque Pablo lo buscaba Román solía alejarse.

Así que Pablo se fue acostumbrando a no contar con su padre más que en lo económico, salía de la casa a la escuela, de la escuela a la casa y a su cuarto a mirar solamente la televisión. A veces daba largos paseos por los parques cercanos en bicicleta en compañía de su amigo Al. Sus medios hermanos no solían dirigirle la palabra y Paula mucho menos. Solo Becka estaba contenta con su presencia, y Pablo se encariño con ella, cariño que también la chiquilla le profesaba.

A veces solían jugar en su cuarto, en el jardín o él la acompañaba a casa de sus amiguitas, y la recogía del colegio. Becka y Pablo se hicieron inseparables a pesar de la diferencia de edades.

— A veces nos acompañaba a Al y a mí en nuestros paseos en bicicleta. Al...como yo solía llamarlo después que lo conocí bien y nos hicimos amigos. Solo que él era más triste que yo, nunca me expliqué el ¿por qué? Tenía una linda familia, hermanas que lo amaban al igual que sus

padres.

Este Al tenía su misma edad, pero tenía el cabello castaño claro y ojos azules, era un muchachito frágil y huidizo a los ojos de los demás, como un pequeño ratoncito aterrado del mundo.

Sin embargo se llevaba muy bien con Pablo, ambos se hicieron buenos amigos rápido. La existencia del chico era tranquila hasta ése momento, había olvidado por completo el mal momento vivido con Daniel y el rechazo de Cristina, de la que poco sabía. Una carta en navidad, en su cumpleaños y nada más pero no le importaba. Su madre ocupaba un segundo lugar en su vida desde que era un niño. Pero las cosas en casa de Román comenzaron a cambiar, si bien hasta ése momento era invisible a los ojos de sus medios hermanos éstos se dieron cuenta que tenían a su alcance a alguien en quien descargar sus bromas pesadas. Y divertirse a costa de su hermano mayor era un gran atractivo. Así que a partir de ése momento se dispusieron a hacerle la vida imposible a Pablo. La incógnita era si el muchachillo lo aceptaría sin quejarse o se defendería. Pero eso lo averiguarían muy pronto.

Una mañana en que los chicos se preparaban para marchar al colegio Evan y Aarón decidieron poner su plan en marcha. Estaban en el pasillo superior de la casa, salieron de sus recámaras con sus mochilas a la espalda y esperaron junto a la escalera que Pablo saliera de su cuarto. Este tardó cinco minutos más pero al fin salió cerrando la puerta tras él. Pasó junto a los chicos sin fijarse mucho en ellos, debía darse prisa porque iba retrasado. De pronto sintió que uno de sus pies se atoraba y sin más cayó de bruces y rodó varios escalones de la escalera. Sus medios hermanos dieron una carcajada contentos de su broma, ellos habían hecho tropezar a Pablo. Ante el fuerte ruido su padre se acercó a la escalera para ver que sucedía, enseguida los chicos se esfumaron del pasillo, solo Pablo se incorporaba en la escalera adolorido por la fuerte caída.

— ¡Pablo, por dios ten cuidado! ¿Acaso quieres matarte en la escalera? — increpó molesto a su hijo, Román.

— No, claro que no. Solo...solo fue un accidente.

— ¡Date prisa o llegarás tarde al colegio! — Volvió a decir con enfado y sin preguntarle a su hijo si se encontraba bien. Después regresó a su oficina y el muchachillo, cojeando terminó de bajar las escaleras salió al jardín, tomó su bicicleta y se acercó a su amigo Al, quien ya lo esperaba.

— ¿Te pasa algo Pablo? Cojeas...

— Me caí de las escaleras, y creo me lastime la pierna derecha.

— ¿Puedes caminar? — preguntó preocupado su amigo.

— Sí, no te preocupes. Vámonos o llegaremos tarde y papá se enojara más conmigo — dijo a su amigo sonriendo, tratando de restarle importancia a su dolor pues Al estaba realmente preocupado. Esto lo conmovió, al menos alguien se preocupaba por lo que le sucedía. Y ambos en sus bicicletas se dirigieron al colegio.

Pero todo el tiempo la pierna estuvo doliéndole, y la rodilla estaba inflamada. Sin embargo eso no le preocupaba, estaba molesto porque después de pensarlo se había dado cuenta que no había sido un accidente, sino que sus medios hermanos habían tenido que ver en ello. Al terminar las clases decidió pasar a la enfermería a que le revisaran la pierna. Llegó y se sentó a esperar a que se desocuparan en la enfermería. Tomó asiento junto a una chica de su edad, de cabello rubio dorado que le llegaba debajo de las orejas y unos ojos azules tan claros que parecía que no tuviera nada en la cuenca.

Esta ni siquiera lo miró cuando se sentó junto a ella. Se le veía triste y mantenía sobre su rodilla una de sus manos envuelta en un pañuelo. Este estaba manchado de sangre, al parecer se había cortado con algo. La chica era bonita y a Pablo le gustó de inmediato, pero ella no se dignó ni a mirarlo de reojo. Sin embargo éste le sonrió amigablemente, provocando que ésta vez la chica lo mirara con curiosidad, animado Pablo le habló.

— Hola, mi nombre es Pablo. ¿Cómo te llamas tú?

— Caroline, ¿estás lastimado? ¿O te duele el estómago? — preguntó con una voz aguda y pequeña.

— Me caí de las escaleras de casa y me duele la rodilla derecha. ¿Y tú?

— Estaba cortando una botella de plástico con un cutter y se me resbaló. Me corté la palma de la mano. Espero no sea grave, aunque me duele bastante.

— Tal vez, no. Creo que no te he visto en mi clase.

— Sí lo estoy, llegué hace quince días, antes vivía en Texas. Pero yo si te he visto, y a Albert. — Confesó un poco ruborizada, esto le agradó mucho al muchacho. Iba a decir algo pero la puerta de la enfermería se abrió y la enfermera le hizo señas a la jovencita para que entrara. Esta se encogió de hombros como si se disculpara por marcharse y cerró la puerta tras ella. A pesar de quedarse solo Pablo continuó sonriendo, sentía nacer dentro de él, algo desconocido que lo hacía sentir mariposas en el

estómago.

Tras unos veinte minutos la puerta volvió a abrirse y la jovencita salió con la mano vendada, pero al pasar junto a Pablo le dejó sobre el regazo un pequeño papel escrito: "Nos vemos mañana". Este lo leyó emocionado y feliz lo guardó en el bolsillo trasero de sus jeans y entró a la enfermería donde le examinaron la rodilla. A la salida cuando se reunió con su amigo Al iba más que contento, algo que extrañó a su amigo, pues ésa mañana estaba muy pensativo y triste. Tomaron sus bicicletas y se encaminaron a sus casas, pero a medio camino el chico lo interrogó.

— Oye, algo te pasa a ti. ¿Qué es?

— Nada especial, solo que conocí a una chica. ¡Una bonita chica! — exclamó feliz. Al por un momento se sorprendió, pero después se quedó pensando que no era una noticia agradable para él. Pablo era su único amigo, ahora una novia se interpondría entre ellos y su amistad se estropearía. Su rostro se ensombreció pero no dijo nada. Ambos continuaron su camino hasta llegar a sus respectivas casas. Pablo dejó la bicicleta en el garage y trató de disimular la cojera de su pierna, no quería darles la satisfacción a sus medios hermanos de verlo lastimado. Pero además estaba decidido a no permitirles que se aprovecharan de él. No se convertiría en su diversión.

Caminó despacio pero muy derecho y aguantando la molestia de la rodilla. Atravesó la estancia hasta la escalera y subió a su recámara. Se extrañó que no hubiera nadie, la casa estaba muy silenciosa. Entró a su cuarto y dejó la mochila a un lado y se sentó en una silla frente al balcón, recargó el mentón en la herrería y observó un buen rato el paisaje, los árboles, los jardines y en el jardín contiguo el vecino frente a un caballete pintaba algo que Pablo no alcanzaba a ver. Al chico le daba curiosidad el vecino, un hombre de origen japonés que siempre estaba en actividad, arreglando su jardín, pintando en el caballete o simplemente leyendo sentado en la hierba y bajo la sombra del enorme árbol que compartían la casa de su padre y la de él.

Unos pequeños golpecitos en la puerta de su cuarto llamaron su atención. Se levantó y abrió la puerta, ahí encontró la cara redonda y pecosa de su media hermana Becka. Esta le sonrió contenta y se abrazó a él.

— Becka.

— Hola, dice la cocinera que podemos comer ya. Papá y mamá no están, ni Aarón ni Evan.

— Eso quiere decir que comeremos nosotros dos solos.

— Sí, ¿vamos? — dijo tomándolo de la mano. Este se dejó conducir por la pequeña hasta el comedor, donde ambos comieron lo que la cocinera había preparado y después dedicaron parte de la tarde a jugar juegos de mesa en el suelo de la recámara de la niña. Los dos se querían y se llevaban muy bien, Becka era lo único bonito para él en esa casa.

Cerca de las once y media de la noche los cuatro miembros de la familia que falta

faltaban llegaron a la casa. Román y Paula habían tenido una tarde y noche para ellos solos y habían recogido a sus hijos de casa de unos amigos donde estaban haciendo un proyecto para el colegio. Becka ya estaba acostada y Pablo terminaba de ponerse la pijama. Escuchó las voces y como pasaron su padre y Paula por el pasillo hasta su habitación y después los pasos de sus hermanos, decidido se acercó a la puerta y salió al pasillo cerrándoles el paso a los chicos. Estos se sorprendieron un poco, se miraron uno a otro como preguntándose qué sucedía. Los tres se quedaron viendo fijamente por un momento hasta que Pablo sorprendió a Evan tomándolo del cuello y estrellando su espalda contra la pared con violencia. Su rostro reflejaba enojo y eso descontroló a los dos hermanos, sobre todo a Aarón quién siempre recibía órdenes de Evan.

— ¡Ahora escúchame bien, idiota! ¡Yo no pienso servirles de diversión a ninguno de los dos, así que desde ahora les advierto que me dejen en paz o lo pasaran muy mal! — advirtió con voz queda para no ser oído por su padre, pero con toda la verdad y fuerza de su enojo. Su hermano estaba rojo por la presión en su cuello y por la cólera que sentía —. ¿Entendieron par de imbéciles? — preguntó sin soltarlo, ambos asintieron sin pronunciar palabra. Pablo lo soltó y burlescamente palmeó la mejilla del chico, sonrió despectivamente y entró a su cuarto de nuevo cerrando la puerta y dejando afuera estupefactos a los dos hermanos quienes nunca esperaron la reacción de Pablo.

A la mañana siguiente todos siguieron sus actividades normales, Pablo y los chicos a sus colegios, Román y Paula a lo suyo. Los días subsecuentes siguieron igual, Evan y Aarón evitaban a Pablo y éste no volvió a tener un incidente con ellos, pero eso no quería decir que lo dejarían en paz. Evan buscaría la venganza a como diera lugar.



## Capítulo 5

### CAPITULO V

Las cosas en casa de Pablo siguieron igual, sin ninguna novedad. Sus medios hermanos lo evitaban y hacían como si no existiera. Esto le complacía a Pablo, había aprendido que jamás sería aceptado por ellos y por Paula, así que solo esperaba que el tiempo pasara para un día poder marcharse de esa casa. En el colegio las cosas iban muy bien, la amistad con Albert seguía sin novedad a pesar de las dudas del chico con respecto a su nuevo interés romántico que no era otro que la niña rubia que encontrara en la enfermería. Caroline Baker se hizo su amiga y los tres gustaban de compartir las idas y venidas de la escuela en bicicleta, de los estudios, de ir al cine.

La chica vivía con su madre y su padrastro, era hija única. Pero la estabilidad en su familia era algo que le agradaba a Pablo, además la chica adoraba a su padrastro, un hombre bueno que amaba a su familia.

Además de la amistad y compañía de los chicos, Pablo tuvo un reencuentro con su amada afición: la música. En el colegio, en las clases extracurriculares tuvo la oportunidad de volver a ella y a su instrumento, el piano. Por fin podía volver a sentir como se transportaba cuando tocaba las teclas y ejecutaba las partituras que los maestros le daban a estudiar. Pronto estos se dieron cuenta del talento que su alumno manifestaba, y lo adelantado que estaba. Al y Caroline estaban orgullosos de él. Pero a pesar de los halagos de sus maestros y de sus amigos, éste no se atrevía a hablar de ello con Román, y mucho menos pedirle le comprara o alquilara un piano para practicar más horas. La relación con su padre seguía siendo distante. Y no cambiaría a pesar de lo que sus hermanastros harían para perjudicarlo.

Evan y Aarón prepararon una desagradable sorpresa para el muchacho, la semana siguiente cumpliría 17 años y pronto entraría al duodécimo grado del High School. Sus estudios estaban muy bien y se había decidido a pedirle a Caroline que fuera su novia. Estos planes se los comunicó a Al, pero notó que algo no andaba bien con su amigo. Desde que lo conociera dos años antes se había dado cuenta que Albert era muy depresivo. Él trataba siempre de animarlo y hacerlo sentir bien, al parecer pensaba que lo había logrado pero esa semana la tristeza y depresión de su amigo habían aumentado.

— ¿Sabes Albert? Le pediré en estos días a Caroline que sea mi novia.

¿Crees que aceptara?

— Claro, no sé por qué no lo haría. Ella te quiere también.

— ¿Tú crees? — preguntó emocionado parando la bicicleta por un momento. Los dos se detuvieron a un lado de la calle para conversar.

— Pues sí, yo me he dado cuenta.

— ¡Sería fantástico! Nunca había sentido eso por nadie, y ella es tan bonita...— dijo entornando los ojos soñadoramente. Pero notó el silencio pertinaz de su amigo y fijó su mirada en él.

— Albert ¿te pasa algo?

— No, ¿por qué?

— Es que te noto triste, algo nostálgico.

— Tonterías amigo, yo estoy muy contento por ti y por Caroline, solo estoy preocupado por una materia que no me ha salido bien. Obtuve una C, y a mamá no le agradó — respondió apesadumbrado.

— Bueno, no es tan malo. Vamos, deja de preocuparte, yo te ayudaré a estudiar y tu nota será más alta en el siguiente examen — dijo poniéndole una mano afectuosamente en el hombro.

— Lo sé, amigo y te lo agradezco. Ahora me voy, mamá tiene una reunión y no puedo llegar tarde. Además va a llover fuerte hoy, mira esas nubes.

— Si eso parece — dijo fijándose en las nubes grises que empezaban a aparecer en el cielo — .Vete pues amigo, nos vemos mañana.

— Hasta mañana. — Ambos se despidieron y tomaron rumbos distintos. Pablo contento se encaminó a su casa, sin imaginar que algo desagradable le esperaba en ella.

Pedaleo más de prisa para llegar a su casa, había comprado un regalo para Caroline y quería envolverlo él mismo y entregárselo al día siguiente. Llegó al garage y dejó dentro su bicicleta, su padre se enfadaba si la dejaba fuera. Entró contento a la casa, subió deprisa las escaleras hasta su cuarto, dejó la pequeña cajita con el regalo en el buró y buscó en el pequeño escritorio donde hacía sus tareas el papel decorado para envolverlo. Pero escuchó ruidos extraños abajo, al momento pensó que eran los sirvientes así que no hizo el menor caso. Pero los ruidos continuaron, intrigado salió de su cuarto y bajó al hall pero no vio a nadie. Después fue a la biblioteca, estaba vacía, pero al entrar al comedor vio a tres hombres vestidos de negro y con pasamontañas en la cara. No

podían ser más que ladrones, y para su desgracia se dieron cuenta de su presencia.

Los tres hombres se giraron hacia él y trataron de atraparlo, intentó subir de nuevo las escaleras pero no pudo hacerlo pues uno de ellos le cerró el paso. Pensó en salir hacia la calle pero el otro hombre ya estaba cubriendo la puerta. Asustado corrió a la cocina, hasta donde lo siguieron los tres individuos. Cuando entró, descubrió los juguetes de Becka en la mesa del antecomedor, asustado se dio cuenta que su hermanita estaba en la casa y corría peligro con éstos hombres ahí.

Los hombres lo rodearon tratando de sujetarlo, Pablo golpeó a uno de ellos pero no logró salir por ninguna de las dos puertas, la de acceso a la cocina o la que daba al jardín trasero. Nervioso buscó en los cajones y sacó un gran cuchillo largo y delgado. Y con mano temblorosa lo blandió frente a los hombres para impedir que se acercaran a él. Y llamó a la niña con voz temblorosa.

— ¡Becka!... ¡Becka! ¿Dónde estás? — siguió llamándola pero sin perder de vista a los tres individuos que lo observaban haciendo movimientos como si quisieran sujetarlo pero sin hacerlo realmente. Sin embargo la niña no contestaba, de pronto escuchó unos gritos aterrados, era la voz de su hermanita pidiéndole ayuda.

— ¡Ayúdame Pablo! ¡Me duele!

— Becka...Becka ¿dónde estás? ¿Qué le están haciendo? — preguntó sumamente asustado a los hombres. Pero estos solo se rieron y los gritos y los pedidos de auxilio de la niña volvieron, asustándolo cada vez más. Desesperado buscó una salida, pero no había manera de escapar con los tres hombres ahí, así que armándose de valor apretó el cuchillo en su mano y trató de enterrarlo en el hombre que estaba más cerca de él, mientras los gritos seguían. El hombre saltó hacia atrás sorprendido de la acción del chico. Entonces uno de ellos le gritó.

— ¡Cuidado Logan! — gritó uno de ellos —. ¡Suelta ése cuchillo! ¿Acaso estás loco?

— ¿Qué?... — dijo sorprendido. La voz le era familiar, y los tres hombres a pesar de tener oculto el rostro comenzaron a parecerle conocidos. Sus ojos miraron atentos al que había hablado.

— ¿Evan?...— preguntó angustiado. El muchacho comenzó a reír quitándose el cubre montañas, lo mismo hicieron los otros dos y Pablo pudo darse cuenta que eran dos amigos de Evan pero de más edad. De compleción más fuerte, eran jugadores de futbol y parecían realmente adultos. Los gritos volvieron a escucharse, pero más cerca. Entonces apareció por la puerta de la cocina otro chico con una pequeña grabadora

en la mano, en donde reproducía los gritos de la niña.

— No entiendo...— pronunció Pablo mirando interrogante a cada uno.

— ¡Estúpido, te dije que iba a vengarme de lo del otro día! Así que se me ocurrió hacer esto, y lo más genial es que caíste en la trampa como un idiota. Ni somos ladrones ni a Becka le sucede nada. Está jugando en el jardín con Aarón.

— No... yo...— balbuceó sin poder creer lo que su medio hermano decía. De pronto miró el cuchillo que aún empuñaba con fuerza en su mano derecha — Estuve a punto de matar... ¿Por una broma?

— ¡Sí, idiota sí! — exclamó Evan riendo a carcajadas seguido de los otros tres que no comprendían que uno de ellos había estado en grave peligro. Pablo estuvo a punto de enterrar el cuchillo, para salir en busca de la niña a quién creía en peligro.

Los dedos de su mano se abrieron lentamente, dejando caer el cuchillo que retumbó en las baldosas del piso, y sin más el chico salió caminando como un autómata de la cocina, en medio de las crueles risas de los cuatro muchachos. Caminó hasta la puerta de la calle y salió al jardín donde vio a Becka sentada en el pasto jugando con su hermano Aarón quién le lanzó una mirada y una sonrisa burlonas.

Pablo no dijo nada solo siguió caminando hasta la acera y se fue calle abajo. Despacio al principio pero poco a poco el ansia y la desesperación hicieron presa de él y echó a correr tratando de calmar su desasosiego; y a su mente que le repetía una vez y otra que había estado a punto de convertirse en asesino.

Las nubes en el cielo, estaban muy oscuras y un viento frío se dejó sentir. Las primeras gotas de agua cayeron en la acera multiplicándose hasta convertirse en una fuerte lluvia. Pero a pesar de que el agua caía sobre él mojándolo por completo Pablo no cesó su loca carrera. Siguió corriendo y corriendo atravesando las calles sin ninguna precaución hasta que no pudo más y se detuvo en medio de la acera, angustiado levantó su rostro al cielo mirando arriba sin importarles que el agua lastimara sus ojos. Necesitaba calmar su miedo, su congoja, el temblor de su cuerpo que no era por el frío; era el maldito miedo de lo que había estado a punto de hacer. Y el terror de pensar que Becka era lastimada.

También se daba cuenta que si hubiera enterrado ése cuchillo su vida habría acabado para siempre, y solo por una tonta broma de sus medios hermanos. Sus manos podían haber acabado con la vida de ése muchacho y eso a nadie le importaba, solo a él.

— ¿Por qué dios? ¿Por qué?... ¿Qué he estado a punto de hacer? — dijo con voz alterada y dolida. Su cuerpo delgado seguía temblando bajo la lluvia, su mente no podía olvidar y su corazón no podía eliminar el miedo.

Pablo permaneció ahí, de pie, solo. No supo cuánto tiempo había pasado hasta que una patrulla se orilló y unos policías se acercaron a él. Les parecía extraño que un chico de dieciséis años estuviera ahí, solo en medio de la lluvia, sin moverse. La hora de la cena en casa de su padre había pasado y éste estaba muy molesto de que su hijo mayor no estuviera en ella y que no apareciera por ningún lado. Evan y Aarón no mencionaron nada, cenaron tranquilos como si nada hubieran hecho.

Una hora después llamarón a la puerta, y la sirvienta alterada entró al despacho a avisarle a Román que dos policías acompañaban a su hijo mayor. Este de prisa salió del despacho y llegó hasta el hall donde los dos policías y Pablo esperaban. Román miró asombrado a su hijo quien estaba de pie, sin decir nada, empapado y sostenido por los dos policías.

— Buenas noches, el señor Farrera supongo — dijo uno de los policías.

— Si soy yo. Pero no comprendo... ¿Pablo? — dijo dirigiéndose a su hijo pero éste no le contestó

— ¿Es su hijo? Lo encontramos en medio de la lluvia, no habla mucho y cómo ve está completamente mojado. Lo trajimos porque nos pareció extraño su comportamiento. Creo que debe revisarlo un médico.

— Sí por supuesto, yo me encargo oficial no se preocupe. Y muchas gracias por traerlo, ven Pablo vamos a tu recámara. — Los oficiales se marcharon y Román tomó del brazo a su hijo y lo ayudó a subir las escaleras hasta la habitación. El muchacho se dejó conducir dócilmente. Ahí su padre lo ayudó a cambiarse y a secarse, lo metió a la cama y salió de la recámara. Durante todo esto Pablo no dijo nada parecía un muñeco, alguien sin voluntad propia; esto le extraño a su padre pero tampoco mencionó nada.

— Mañana hablaré seriamente con él. Esto no puede repetirse. — Se dijo yéndose a dormir también y sin darle más importancia.

A la mañana siguiente todos se levantaron y empezaron sus actividades diarias, como el ir a la escuela y al trabajo. Solo Pablo no se levantó, seguía en la misma forma que la noche anterior. Becka entró a su cuarto para saludarlo como todas las mañanas pero ésta vez no obtuvo nada, el chico permanecía recostado en la cama, sudoroso e inquieto, daba débiles quejidos. La niña extrañada bajó al comedor y se acercó a su

padre.

— Papá, algo le pasa a Pablo.

— ¿Qué dices Becka? — preguntó Román dejando su taza de café sobre la mesa.

— Que algo le pasa, está en su cama y no se mueve, solo se queja.

— ¿Cómo?...— dijo levantándose inquieto. Miró a su esposa pero ésta solo se encogió de hombros. Román subió de prisa los escalones hasta la habitación de su hijo mayor, entró en ella y miró al muchacho recostado, delirante. Tocó su rostro y notó lo caliente que estaba.

— ¡Dios mío está ardiendo! ¡Chloe, traiga el termómetro! — La sirvienta entró llevando el termómetro, pero en realidad no era tan necesario, Pablo ardía en temperatura, era obvio. Asustado Román le ordeno a la sirvienta llenara la bañera con agua fría y después llamara al médico. Cuando la bañera estuvo lo suficientemente llena Román hizo a un lado las mantas y cargó a su hijo que deliraba.

— Papá... papá...

— Tranquilo, vas a curarte — Llevó a su hijo hasta el baño y lo recostó en la bañera mojándolo con el agua fría, Pablo se estremeció al sentir el frío en su cuerpo. Lo mantuvo bastante tiempo hasta que la fiebre bajó a un grado no peligroso, secó a su hijo, le puso un pijama seco y volvió a recostarlo en la cama. Minutos después llegó el médico y lo examinó detenidamente.

— ¿Y bien doctor?

— Señor Farrera, su hijo tiene una fuerte bronconeumonía, afortunadamente la fiebre está cediendo. Pero tardará en curarse algunas semanas, deberá permanecer en cama, le daré antibióticos y si consigue un humidificador para que ayude a respirar bien por algunos días. Vigile que las tome. Los adolescentes suelen no tomar en cuenta las órdenes.

— Si doctor no se preocupe. Gracias. — El médico se marchó y Román miró a su hijo por unos momentos, después salió deprisa de la habitación.

Pablo seguía somnoliento por los medicamentos y la fiebre pero se dio cuenta del mudo reproche en los ojos de su padre. Un reproche que le dolió en el alma al muchachillo. Guardaba la esperanza de que su padre le demostrara amor algún día pero en ése momento su pequeña ilusión

desapareció.